

mi mision, sino de los que se dediquen un poco mas tarde exclusivamente á este objeto, y entónces, si deseas imponerte ordenadamente de sus peripecias, lee la historia de la guerra franco-prusiana y te instruirás de lo que deseas.

Entretanto, yo continué como hasta aquí, sin salir de los límites que me he propuesto, apuntando sólo mis puras impresiones, sin precisar los acontecimientos, ni evocar fechas ni lugares históricos, ciñéndome á la sencillez de mi relacion y á hacer brillar en ella el sello de la verdad.

Conque sobre esta advertencia, sigamos adelante.

Pero para proceder con mas método, es necesario no atropellar los acontecimientos, sino seguirlos con un poco de mas órden.

El sábado por la mañana de la semana que estuvieron saliendo las fuerzas para la frontera, salió la última fraccion que quedaba y ya sólo quedaban en Paris algunos de los principales jefes del ejército y Napoleon III que de-

bia ponerse á la cabeza para dirigir la guerra.

Ese mismo sábado en la tarde, que volvia yo de dar un paseo por los Campos Eliseos, al ir por el centro de la plaza de la Concordia, ví un gran grupo de carruajes y caballos que se dirigian de las Tullerías, hácia el camino que yo llevaba; me detengo para ver qué era aquello y al aproximarse la comitiva, reconozco en ella á Napoleon III que con el príncipe al lado y dos generales, iban á dar un paseo al Bosque de Boulogne; detrás seguian algunos chambelanes á caballo, y poco despues se desprendieron otros carruajes del mismo palacio: era la Emperatriz que con sus damas de honor, se dirigia con su marido al mismo sitio.

¡Pobres emperadores! era el último paseo que hacian juntos: jera la última vez que disfrutaban las prerogativas de los soberanos, recibiendo las demostraciones de los franceses que iban encontrando al paso, que al verlos se tocaban el sombrero!

¿Acaso Napoleon no volverá á ver Paris, bien porque una bomba le prive de la existencia en el campo de batalla ó porque sea vencido por su enemigo y sea arrojado por él á algun país extranjero, acabando esa gloria y ese orgullo que la fortuna le ha dado en el poder, imponiendo la ley á las demás naciones y llevando muy adelante sobre ellas la supremacia de la Francia? ¡Quién sabe!

El lúnes próximo al último paseo que Napoleon hizo al Bosque de Boulogne, salió para la frontera é inmediatamente comenzaron las operaciones en el campo de batalla.

Ya he mencionado el primer encuentro que tuvieron los franceses con los prusianos á consecuencia de un reconocimiento que éstos hicieron en las posiciones de aquellos y que Napoleon III juzgó una victoria, por la que se puso muy ancho, así como los franceses en Paris hicieron demostraciones de contento y no se hartaban de mirar en las esquinas la noticia que les daba Napo-

leon de «la primera batalla ganada en Sarebruk, en la que el príncipe habia recibido su primer bautismo de sangre.»

No pasaron cuatro dias sin que este gozo de los parisienses se hubiera convertido en duelo, porque se recibió en Paris la noticia de la primera derrota y comenzaron á verse caras largas por todas partes; nadie lo creia, acostumbrados los franceses á triunfar; por consiguiente, el resto del dia en cuya mañana se habia recibido la noticia, no se notó conmocion alguna y casi habia cierta tranquilidad; pero al otro dia que la mala nueva se hizo mas pública, que no se pudo ocultar mas....

Mas ántes de referir la explosion que esto causó en los habitantes de Paris, debo contar la manera de cómo yo supe la derrota que sufrieron los franceses por los vencedores de Sadowa.

Acababa yo de entrar de visita al estudio de mi compañero Calderon que vive por la Sorbona cuando entró un médico mexicano amigo suyo y, apenas nos saludó, dijo con algun misterio:

—Estamos de enhorabuena los mexicanos.

—¿Por qué? preguntó Calderon.

—¡Han derrotado á los franceses!

—No puede ser, exclamé yo.

—Es tan buena la noticia, añadió Calderon, que no la creo.

—Ustedes deben creerla porque lo sé de buena tinta, repuso el recién llegado; y en prueba de ello, vamos á solemnizar la gran derrota que acaban de sufrir los aventureros que invadieron á México, gracias á los traidores. Y diciendo y haciendo salió Martínez que así se llamaba el médico, y á poco volvió de la calle, trayendo una botella de Madera, bizcochos, queso de Flandes y unas aceitunas: comenzamos á beber, brindando porque fuera efectiva la derrota de la Francia, porque de esta manera se les bajaría el orgullo á los franceses, que ya era insoportable, y pagarían el picadillo de haber ido á México á asesinar mexicanos, á hombres que ningun mal les habían hecho y sí muchos bie-

nes á sus compatriotas que vivían entre ellos.

Bebimos y comimos muy á nuestro sabor; pero Calderon y yo en la duda que fuera efectiva la noticia que nos daba Martínez porque, ¡era tan buena, tan alhagadora! que no era para admitirse tan á la ligera.... en fin, decíamos los dos incrédulos al médico empuñando la copa: por si no es cierto que han derrotado al ejército francés, porque lo derroten y porque los prusianos le den una pela como la que le dieron Zaragoza y Porfirio Díaz el 5 de Mayo en las inmediaciones de Puebla.

—¡Bravo, bien! contestaba Martínez muy contento; ya se la han dado los prusianos y el tío Napoleon á esta hora no sé dónde se halle, lo mismo que Bazaine y Mac-Mahon, que no se sabe de ellos.

La mayor parte de la tarde estuvimos reunidos los tres compatriotas, y como el vino que llevó Martínez apenas alcanzó para los primeros brándis, fué necesario para apagar el fuego de nues-

tro entusiasmo, ocurrir á la cantina por otras tres botellas de borgoña y maderera que apuramos siempre brindando porque no quedara un sólo francés y Napoleon diera una voltereta en que cayera patas arriba con el trono.

Nos tildarás, amiga mía, de vengativos y poco generosos con los franceses y su emperador, deseándoles tanto mal; pero ¿no recuerdas, María, los inmensos males que nos fueron á hacer á México, de cuyos nacionales solamente habian recibido beneficios y distinciones honrosas sobre los demas extranjeros, pagando al fin con la muy villana accion de burlarse de los tratados de la Soledad invadiendo á México y mas tarde estableciendo las Cortes Marciales para asesinar diariamente á los mexicanos en todas las partes en donde aquellas se encontraban? ¿Y así quieres que no seamos vengativos? Esta vez les ha tocado su turno; que paguen las peras que se han comido en todas partes y que vean que para cada perro hay un tramojo.

Efectivamente, cuando comenzaba á oscurecer, se veia en las calles de Lepelletier y adyacentes, un gentío numeroso frente á las oficinas del telégrafo del gobierno; esta multitud impaciente esperaba la noticia que debia llegar por momentos del campo de batalla, pues desde el medio dia se susurraba en Paris la derrota que habian sufrido las tropas francesas.

Es imposible pintar la multitud de afectos que se manifestaban en todos y cada uno de los semblantes de toda aquella gente aglomerada; dominaban todas las pasiones juntas; pero la que mas sobresalia era la de la impaciencia y del orgullo herido, porque no podia ser tolerable que el ejército de la Francia, vencedor en cien batallas, hubiera sido derrotado en el mismo terreno del imperio, en su propia casa, cuando él habia ido á pelear á la del enemigo y contaba solamente con ir á dar un paseo á Berliu con la arma sobre el brazo y sin disparar un tiro.

Mas la criada les habia salido respondona.

Los prusianos, aunque vencedores de Austria, habian guardado una prudente reserva; no habian hecho alarde de sus triunfos y los franceses en su imprudencia, creyéndolos descuidados y que no tenian prevencion alguna para esperarlos, declararon súbitamente la guerra, movieron sus huestes y pusieron en pié de guerra todos sus elementos á fin de que, procediendo con actividad y energía, pudieran penetrar inesperadamente al territorio aleman sin mucha fatiga, ciñéndose acto continuo los laureles del triunfo.

¡Ah! esta confianza en sí mismo perdió á Napoleon III y perdió á la Francia; aquel pagó caro su orgullo y su ambicion y ésta derramó á torrentes su sangre por sostener el capricho de un tirano.

Entre siete y ocho de la noche, salió á luz el infausto telégrama venido del campo de batalla, que manifestaba: que la «campana» de Wort se habia perdido

y no se tenia noticia de los mariscales Mac-Mahon y Bazaine.

Al correr esta nueva por toda la apiñada multitud que esperaba ántes silenciosa en la rue Lepelletier noticias de la guerra, corrió una chispa eléctrica por toda su sangre, estallaron sus ánimos y el grito de indignacion de cincuenta mil bocas, cundió como el huracan, por todos los ámbitos de Paris.

La gente se miraba á bandadas por las calles, dando gritos desaforados; hombres y mujeres salian á las puertas y á los balcones para ver asustados lo que pasaba; la Marsellesa mezclaba sus notas marciales entre los ahullidos de la multitud y centenares de puños sobresalian por entre las oleadas humanas en actitud amenazante; miéntros otros, elevando por el aile los sombreros y los bastones, gritaban: «Al hotel de Ville! ¡Al hotel de Ville! ¡Armas, armas! ¡A Berlin! ¡Muera la Prusia! ¡Muera, muera!» repetian cien mil voces.

En esta infernal batahola, en este tumulto. . . mejor dicho, en esta avalancha humana compuesta de millares de furiosos que formaban una masa compacta, irresistible, me encontré, por mi fortuna, una calesa y subí á ella, dando orden al cochero para que me llevara á mi hotel; otros cuatro subieron para dominar desde allí con sus gritos de «¡Viva Francia, á Berlin! y ya de ese modo se me hacia mas imposible salvarme de la tempestad, que algunas veces arrastraba al carruaje, caballos, cochero y á los que íbamos subidos á guisa de triunfadores por entre el oleaje de cabezas.

En este momento, francamente, pensé que no sería difícil quedar reducido á tortilla de huevos por entre aquella prensa y al mismo tiempo recordé lo que podrian haber sido aquellas erupciones del 93 y de la toma de la Bastilla en que las avenidas eran verdaderos rios humanos que á su poderoso empuje no quedó piedra sobre piedra del secular edificio.

Con mil trabajos pude salir de entre esas masas y dirigirme á mi hotel, procurando encerrarme para que otra cosa no me sucediera y fuera necesario poner mas tarde en alguno de los sitios de Paris una lápida que dijera: «Aquí yace un tonto extranjero que por ver lo que no le importaba quedó aplastado ó sucumbió al golpe de un garnucho del frances.»

Como es natural, al otro dia de la terrible nueva del desastre, la excitacion continuó; las calles de la ciudad, de ordinario muy concurridas, estaban en la mañana llenas, inquiriendo noticias unos, otros haciéndose ilusion de que la de la víspera habia sido falsa, habiendo otros que hasta decian que los prusianos habian sido los derrotados.

Como yo era indiferente á las impresiones buenas ó malas que recibieran los franceses en los acontecimientos de esta guerra, en mi calidad de extranjero y por la parte de mexicano que me toca en el placer de ver que los prusianos vengan á México con usura, gozo

la multitud de incidentes y peripecias que surgen en esta Babilonia á consecuencia de la funesta noticia de la derrota, y es para mí como una gran fiesta que estoy presenciando y que se prolonga indefinidamente.

Pasan apenas dos ó tres días cuando el pueblo de Paris se conmueve hondamente.

Circula la noticia de que Mac Mahon ha desaparecido con su division y se ignora absolutamente su paradero y el camino que ha tomado.

Mil comentarios se hacen por todas partes, unos favorables y otros adversos: los primeros son, de que Mac-Mahon ejecuta en la actualidad un movimiento estratégico y va á cortar al ejército prusiano; y los segundos de que ha sido envuelto infaliblemente por los prusianos, y todo está perdido entonces; porque las principales columnas de la Francia son las divisiones de los mariscales Bazaine y Mac-Mahon.

Después de dos ó tres días de mortal ansiedad en que los habitantes de Pa-

ris están sumidos, el gobierno de la Regencia manda fijar unos avisos en las esquinas, anunciando que ha aparecido Mac-Mahon y que próximamente verificará su conjuncion con Bazaine.

Esta noticia calma un tanto la ansiedad de los franceses y conciben nuevas esperanzas en la victoria.

En tanto, los prusianos avanzan cada día y se van introduciendo mas y mas en el territorio francés. Esta circunstancia se conoce porque en muchas de las tiendas de los boulevard, en los aparadores, hay colocados unos nuevos mapas que comprenden porciones geográficas de Prusia y de la Francia en la frontera invadida, y diariamente se sabe la respectiva posicion de los dos ejércitos beligerantes por unas banderitas pendientes de alfileres que marcan las situaciones y diariamente se ve lo que avanzan los prusianos y lo que pierden los franceses.

Apénas pasan dos ó mas días, cuando toca á Bazaine su turno de perderse. Nuevas ansiedades, nuevas y mas

crueldades, numerosas comentarios y mas graves porque se teme que el mariscal haya caído en poder de las caballerías del príncipe Federico Guillermo, que recorre las avenidas que limitan al ejército francés.

Previendo la Regencia que el sitio de Paris es inevitable, comienza á expedir decretos, uno para que no quede un sólo alemán en el territorio de la Francia, fijando perentoriamente el plazo en que debía salir el último; y el otro, para que todos los extranjeros y bocas inútiles salgan de la ciudad, pues los víveres y provisiones son únicamente para los que tomen las armas contra los invasores.

Esto me tocaba muy directamente; pero ¿qué cuidado se me daba, si podía verificar mi salida á la hora que me diera la gana y mientras me divertía con la confusión que reinaba en la ciudad, que si constantemente tiene un movimiento vertiginoso, hoy es mas que una Babilonia, y desde las cinco de la mañana no se miran otra cosa.

en las calles que viajeros que se preparan á salir de Paris con sus maletas de viaje y sus bolsas; de extranjeros en coches de plaza con su baul por delante y su equipaje, que se dirigen á las estaciones de los ferrocarriles, huyendo de la lumbre; de italianos que en carretas ó en burros cargan sus organitos ó sus arpas y en bandadas se preparan muy alegres á partir de la gran Sodoma para librarse del fuego que la amenaza; de grandes carros que comienzan el aprovisionamiento de la ciudad, conduciendo granos, pasturas y víveres de todas clases; de centenares de miles de ganados lanar y vacuno, que no cabiendo ya en los corrales que hay para este objeto, los ponen en los boulevards y en los jardines del Luxembourg, formando los establos con viga; de miles de carruajes y vehículos de toda clase en los que entra y sale de la ciudad gente, animales y mercancías; y, finalmente, la mar y la confusión que debe haber dividido las lenguas en la torre de Babel.

Después de todo este *maremagnum*, hay que añadir que ya se comienzan á preparar las barricadas en las principales calles: los franceses, sin excepcion de personas y de clases, haciendo ejercicios de armas en los boulevards y las plazas á tarde y á mañana, cerrándose el comercio á estas horas y la ansiedad pintada en los rostros y la languidez y la debilidad reemplazando la virilidad y proverbial valor de los franceses.

A pesar de lo que me alegraba y gozaba en las primeras derrotas y reveces que sufrían, por ese sentimiento de venganza, inherente á todo hijo de Adán cuando ha sufrido en su amor propio nacional, hoy ya me causan lástima, y soy sensible á sus tormentos, y mas cuando considero que los millares de seres que sufren, son inocentes de las maquinaciones y la ambicion de su emperador que provocó la invasion de México y la de la Alemania.

Si vieras, María; algunas noches suelo ir á algun café cantante de los que hay en los Campos Eliseos ó en el

Puente Nuevo y te conmovieras hondamente al escuchar la Marsellesa cantada hasta por tres veces por la compañía; pero con notas tan doloridas, con tanta expresion de angustia, que los actores lloran y yo tambien me he conmovido derramando algunas lágrimas. ¿Cómo no han de cantar con profundo sentimiento una marcha que entonó la Francia en sus dias de gloria, cuando iniciaba el preliminar del progreso de las naciones en la época moderna y arrollaba á todos sus enemigos y ahora esa Francia heróica está ensangrentada por la planta del invasor?

Esos borrachos que se miraban diariamente por las calles, subidos en un carruaje con bandera en mano cantando belicosamente la Marsellesa, han desaparecido á merced de la policía y lo mismo que no se exhiben ya esas caricaturas que en lugar de ridiculizar á los prusianos, cubren de lodo á los franceses, cuando la fortuna les ha vuelto la espalda.

En fin, el criado me avisa que vá al

correo y siendo ya tarde, quiero aprovechar la oportunidad de que lleve mi carta para que salga mañana para México.

El mes que entra, que deben haber acontecido varios sucesos en la guerra, te los pondré en conocimiento para que estés al tanto de lo ocurrido.

Consérvate bien.

Paris, Agosto 29 de 1870.

MARIA ESTIMABLE:

Los sucesos de la Francia se van agravando mas y mas cada dia; esta pobre nacion está como un enfermo que no tiene remedio y que los médicos á una voz lo han desahuciado.

Los prusianos están ya casi á las goteras de Paris y el sitio es inevitable.

El aprovisionamiento sigue con actividad y algunos boulevards y jardines se han convertido en establos porque están que rebosan de bueyes y carneros.